



LA  
VISCERA  
Magazine

# RESQUICIOS

LaViscera

Año 05

Núm. 33

Agosto 2025

*(...) el minoculo sí, mas ciego vulto;  
el resquicio barbado de melenas;  
esta cima del vicio y del insulto (...)*

**Don Francisco de Quevedo  
hablando del culo de Don Luis de Góngora**



Año 5 Núm.33

## LaViscera Magazine

 [www.facebook.com/LaViscera](http://www.facebook.com/LaViscera)

Dirección / Coordinación

**EDULOGIC PRODUCCIONES**

Corrección

**CVH**

Consejo de redacción

**CARLOS SAN JORGE**

**PATRICIA SÁNCHEZ**

**CARLOS VICENTE**

Maquetación / Diseño

**PATRICIA SÁNCHEZ**

Contacto:

[LaViscera@edulogic-producciones.com](mailto:LaViscera@edulogic-producciones.com)

[www.edulogic.es](http://www.edulogic.es)



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.

# 33

## RESQUICIOS

- |    |  |
|----|--|
| 04 | Carlos Vicente<br><b>UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXXII)</b>  |
| 06 | Patricia Sánchez<br><b>UN PLACER, CABALLERO</b>                          |
| 08 | Andrés M. Níguez<br><b>LA FOTO</b>                                       |
| 10 | Carlos San Jorge<br><b>SI NO HAN SIDO INVITADOS, NO CRUCEN EL UMBRAL</b> |
| 12 | Beatriz Gorjón<br><b>LA SOMBRA QUE QUEDA</b>                             |
| 14 | Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES<br><b>TODLO QUE NO FUIMOS</b>       |
| 16 | Pedro Vez Luque<br><b>LA OBRA</b>  |

Y por ahí se escapan, por esa pequeña hendidura, por esa grieta que atestigua el paso del tiempo, el deterioro, el fallo en Matrix. La esperanza, la duda, las ganas, el miedo, los recuerdos, las cenizas y las llamas que las precedieron... y el amor. Y, a veces, la huella que dejan, lejos de consolar, escuece. Por ahí se escapan. Aunque insistas en aferrarte a algunos de ellos. Y sólo te harás daño con la rebaba propia del roto que les sirve de puerta.

# UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXXII)

CARLOS VICENTE

*Siempre quise escribir una obra de teatro, pero nunca lo haré, sobre dos hormigas que filosofan sobre la vida. Sería algo así como:*

***Dos hormigas llevan dos granos de trigo mientras hablan.***

**Hormiga 1:** El otro día estuve leyendo *El proceso*.

**Hormiga 2:** No me gusta Kafka. Me pone nerviosa.

**Hormiga 1:** No sé, me hizo reflexionar. Abrió una grieta en mi mente.

**Hormiga 2:** ¿Una grieta?

**Hormiga 1:** O una hendidura, diría yo. Es como si sintiera que a través de esa pequeña rendija pudiera ver todo el universo, conocer sus secretos.

**Hormiga 2:** No tengo más remedio que llevarte la contraria. A pesar de esa especie de magnetismo que ejerce Kafka sobre muchos de sus lectores, a mí me deja totalmente indiferente.

**Hormiga 1:** Creo que te asusta porque desafía la lógica que ha marcado tu vida desde que naciste.

**Hormiga 2:** A mí, lo único que me desafía es leer a Kierkegaard. Y no sé ni tan siquiera si eso es cierto.

**Hormiga 1:** Pero Kierkegaard no capta la esencia.

**Hormiga 2:** Pero sí la emoción de lo absurda que es la vida. Y lo hace con la misma fuerza que Kafka, aunque sea algo más críptico.

**Hormiga 1:** De noche, especialmente, es hermoso creer en la luz.

**Hormiga 2:** Me lo temía.

**Hormiga 1:** ¿El qué?

**Hormiga 2:** Que recurrieras a Platón. Al final, todo el mundo lo hace.

**Hormiga 1:** Las cigarras, no.

**Hormiga 2:** Pero porque las cigarras están subvencionadas y no piensan. Son unas mediocres. Mira, en eso sí estoy de acuerdo con Platón cuando dice que «el sabio querrá estar siempre con quien sea mejor que él».

**Hormiga 1:** Eso es algo muy cierto, pero que pocos practican.

**Hormiga 2:** Porque son ellos los que se creen sabios y quieren que el resto seamos quienes nos acerquemos.

**Hormiga 1:** Nunca empezaron desde abajo.

**Hormiga 2:** Estoy de acuerdo.

**Hormiga 1:** Las cigarras nunca han estado ni arriba ni abajo. «Quien no es un buen sirviente no será un buen maestro».

**Hormiga 2:** Siendo ese razonamiento platónico impecable, tiene su antídoto en otra frase suya: «Las piedras más grandes no pueden quedar bien asentadas sin contar con las más pequeñas».

**Hormiga 1:** No quiero llevarte la contraria, pero eso ha sido un golpe bajo...

*Y así seguirían hasta que murieran aplastadas por la pisada de un humano que ni tan siquiera supiera quién es Platón. Quedarían ahí, en el asfalto, sin dejar rastro ni señal de su existencia.*





- Resquicios que desquician. Sacrificios en forma de ejercicios para evitar los vicios sin prejuicios de esos oficios sin valor ni beneficios en edificios crediticios. Servicios llenos de desperdicios destinados a consorcios con cimientos de artificios y sueldos vitalicios. Orificios que prometen mil solsticios y se quedan en bullicios y armisticios en hospicios rebosantes de sucios batracios de prepucios ficticios ansiosos por los fornicios. ¡¡¡Patricios!!! ¡¡¡Fenicios!!! ¡¡¡Atajo de lutecios novicios!!! ¡¡¡Lacios, rancios, necios de dudosos inicios...!!!

- ¿Señor Aparicio?

- Sí, señorita, Fidencio Aparicio, dígame.

- ¿Ve aquella puerta al fondo?

- ¿La de madera negra que deja escapar algo de luz?

- Eso es. Acérquese, allí es donde firmará la hipoteca.

- Gracias, señorita.

- Un placer, caballero.

PATRICIA SÁNCHEZ

UN PLACER, CABALLERO

**LA FOTO**  
de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ  
para RESQUICIOS



Los resquicios no sólo revelan el deterioro, sino también la permanencia de la materia, del tiempo y de la mirada. Una imagen que no muestra lo que falta, sino lo que queda.

Imagen base de Eric Syvertson.



## SI NO HAN SIDO INVITADOS, NO CRUCEN EL UMBRAL

CARLOS SAN JORGE

Los veranos en la imponente mansión de la familia Wayne eran muy aburridas cuando eras el único niño de la familia. Por eso, esa tarde, planeé hacer la travesura del verano: colarme en la única habitación donde tenía prohibida la entrada, la biblioteca personal de papá.

Recuerdo que mis padres dijeron que se ausentarían toda la tarde. Iban a reunirse en la ciudad con el alcalde con la intención de organizar una fiesta de beneficencia a favor de las familias de los bomberos fallecidos en el devastador incendio de unos grandes almacenes. Así que me preparé a conciencia. Me até bien las zapatillas, me limpié las gafas y cogí las ganzúas que me regaló mi abuelo después de enseñarme a usarlas. «Nunca se sabe cuándo vas a necesitar abrir una puerta. Pero recuerda, sólo en caso de emergencia», me dijo. ¿Y qué mayor emergencia para un niño de 12 años que acabar con el aburrimiento?

No me costó absolutamente nada abrir la puerta. No estaba cerrada y eso, en cierto modo, me enfadó, quería ponerme a prueba y ver si era capaz de desplegar la técnica aprendida para alinear los pistones y contrapistones con el garfio de la ganzúa. Quería escribirle una carta al abuelo contándole que podía otorgarme el título de alumno estrella. En esta ocasión, no pudo ser.

Abrí la puerta con mucho cuidado para no hacer ruido y, una vez dentro, la cerré con el mismo mimo.

Qué pequeñito me recuerdo en esa habitación. Estanterías enormes e infestadas de libros me rodearon de repente. Me fascinó la imposible tarea de calcular cuántas vidas necesitaría para leer todas y cada una de las páginas que ahí descansaban. Caminé lentamente hacia la mesa de papá. El corazón se aceleraba a medida que me acercaba y podía observar la gran cantidad de papeles y libros que había. Estaba tan hipnotizado por encontrar ese secreto que mi padre me ocultaba entre esos papeles que no vi que en el suelo había un libro. No recuerdo ni el tamaño ni el color y, por supuesto, ni hablar del título, pero sí recuerdo que, cuando lo pisé, me quería morir. ¿Lo había tirado yo? ¿Cuándo? Seguro que mi padre se daría cuenta de que había sido yo. Enseguida lo cogí y busqué su lugar de origen. Pero ¿cómo podría saberlo? Era la primera vez que entraba ahí, al menos que yo recordara. Empecé a buscar a mi alrededor intentando encontrar una pista, una señal, un hueco. Y fue lo peor que pude hacer. No sólo había tirado, sin saber cómo, un libro al suelo, también había roto una estatua. En una esquina de

la mesa de mi padre había un busto de bronce y la parte de la cara estaba totalmente abierta, en un ángulo de noventa grados. Como si tuviera una bisagra que la sostuviese en la nuca.

En ese momento, sentí que la travesura se me escapaba de las manos, así que, sin pensarlo mucho, me aventuré a solucionarlo todo y salir corriendo de allí.

Metí el ejemplar que tenía en las manos entre unos libros de la primera estantería que encontré y empujé la cara de bronce para colocarla en su lugar, pero, cuando iba a salir corriendo, una de las estanterías comenzó a moverse dejando ver lo que ocultaba. Donde antes había una columna interminable de libros, ahora había un hueco enorme del tamaño de un ascensor con dos tubos similares a los de los bomberos.

¿Para qué tendría mi padre esos dos tubos ocultos en su despacho?

Obviamente, no iba a concluir mi aventura aquí. Me asomé al hueco y, entre tanta oscuridad, un resquicio de luz en el fondo me invitó a que bajara por uno de los tubos.

No tenía que haber bajado. A partir de este momento mi vida ya no fue la misma. Ya no vi a mi padre y a mi madre de la misma manera.

Él estaba colgado por los pies boca abajo, como un murciélago. Estaba totalmente desnudo y sólo tenía una máscara negra que le tapaba media cara. Mi madre se encontraba frente a él. También llevaba una máscara negra con orejas de gato a juego con su traje de cuero. En su mano tenía un látigo que, con gran maestría, usaba para golpear a mi padre en los testículos. Lo último que recuerdo, antes de desmayarme, es la voz de mi padre diciendo «más fuerte gatita, más fuerte».

Cuando me desperté, días después, me escapé. Fui a vivir con unos mendigos y empecé a dibujar cómics como terapia para superar todo aquello. Al menos, aprendí una gran lección de vida: «Da igual qué bonita sea la luz que asome por el quicio de una puerta; si no han sido invitados, no crucen el umbral».

# LA SOMBRA QUE QUEDA

## BEATRIZ GORJÓN

En un resquicio profundo de mi alma  
permanezco en silencio, como un eco.

No hay grito, ni lamento, ni protesta,  
sólo el temblor sutil de lo que fui.

Mi sombra cruza lenta por mi pecho,  
no roza, no golpea, pero queda.

A veces creo oír que aún respira  
la parte que perdí sin darme cuenta.

Hay noches que aún me hablan de mí misma  
y el mundo se detiene en mi reflejo.  
Me busco sin buscarme, y sin quererlo,  
me encuentro en lo que late sin razones.

Ya no tengo el temblor de aquellos días,  
ni espero que regresen los veranos.  
He aprendido a quedarme en lo que queda,  
sin miedo de los restos ni del hueco.



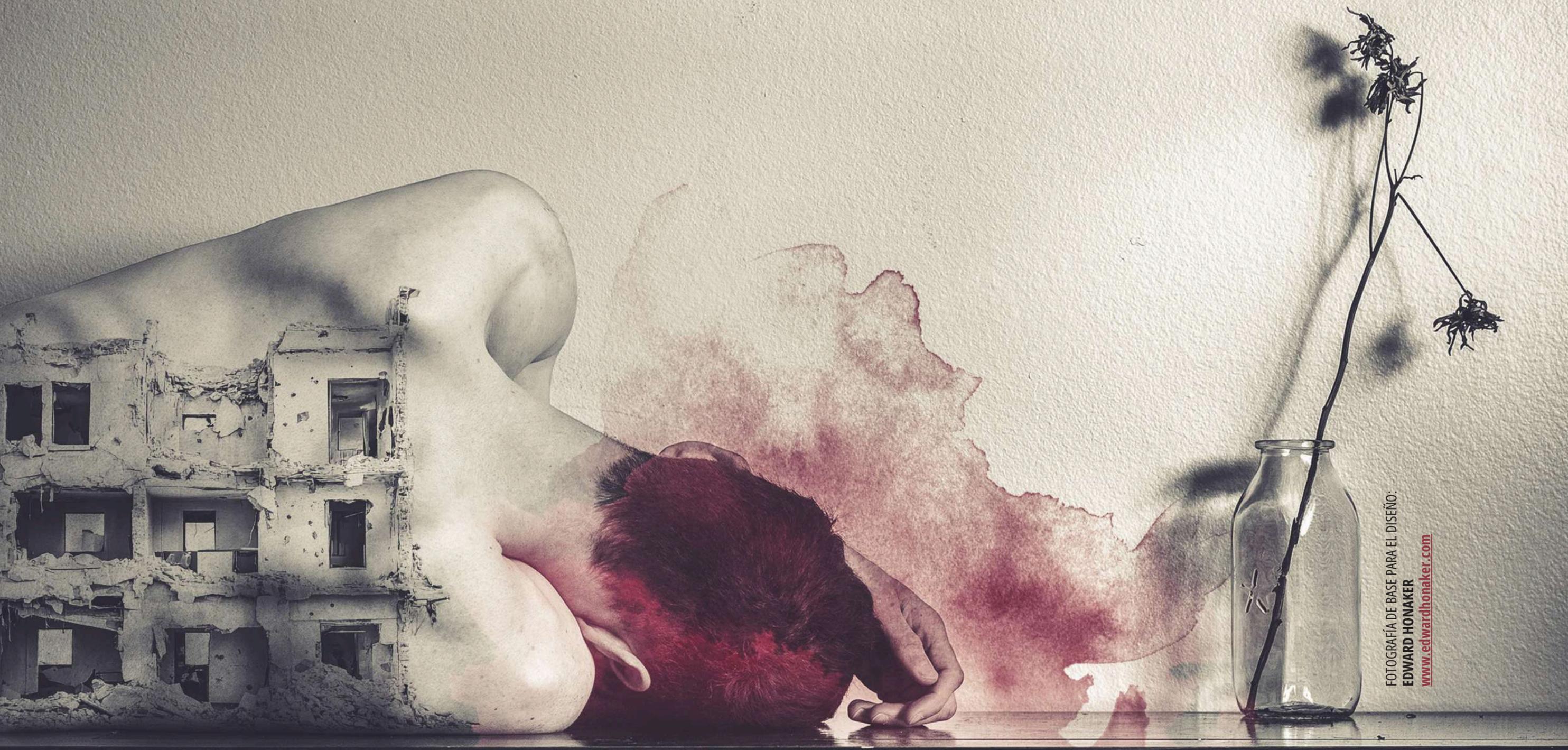
# ESTROFAS VISCERALES

EDWING VLADIMIR

## TODO LO QUE NO FUIMOS

Dejó pelos como rúbrica por las sábanas y  
un par de boletos caducados a Nunca Jamás.  
Ya no están esos dibujos que me hizo en el pecho con los dedos...  
La puerta quedó abierta cuando se marchó y entraron los miedos.

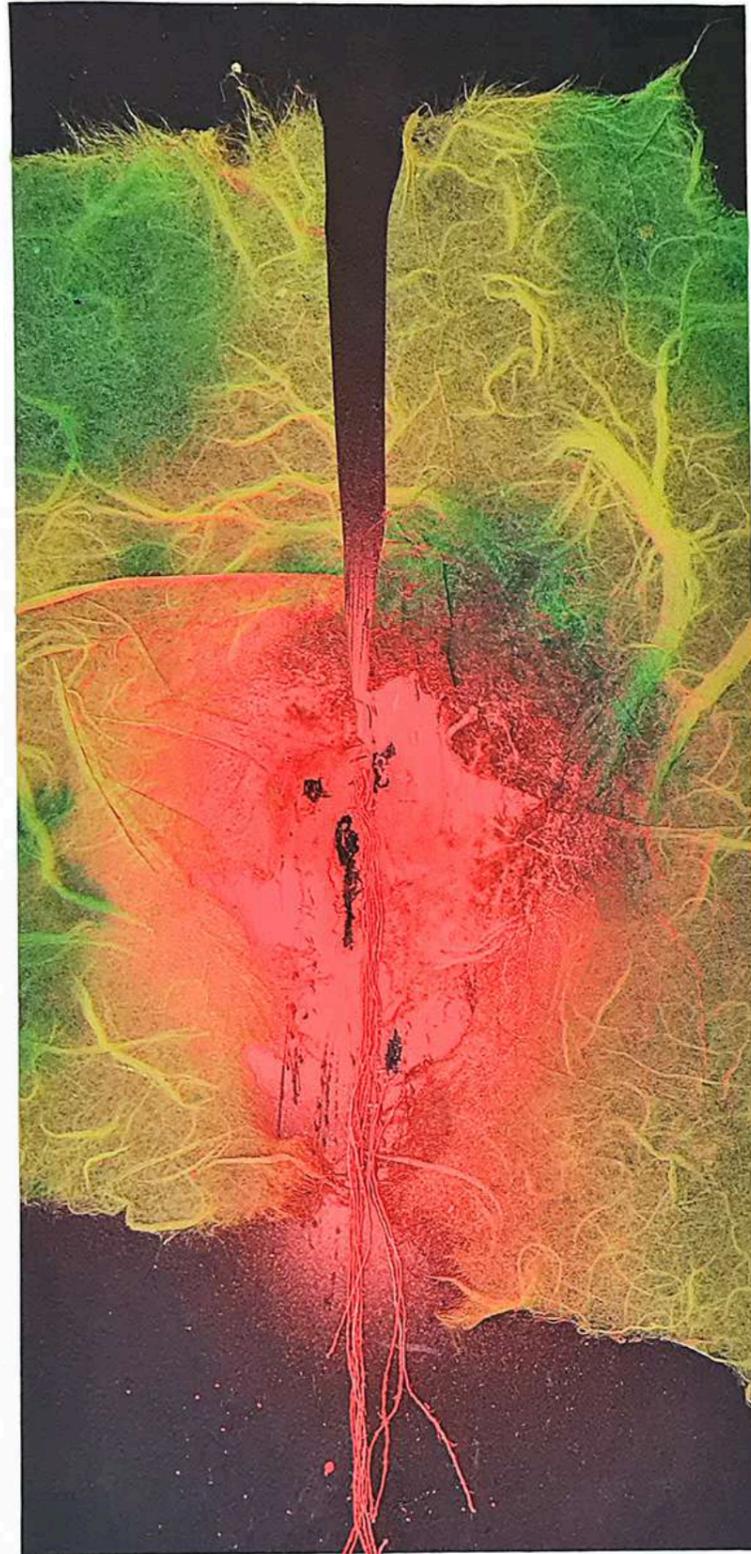
Veó sangrar luz por el quicio de la nada.  
Mi cuarto llora frío y encharca mis entrañas  
«no, no quiero salir»  
respondo al reflejo en la ventana que me grita que vaya a por ti.



FOTOGRAFÍA DE BASE PARA EL DISEÑO:  
EDWARD HONAKER  
[www.edwardhonaker.com](http://www.edwardhonaker.com)

# LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE  
para RESQUICIOS



*Pedro Vez Luque*  
2025

